

PRESENTACION

En 1986 se cumplieron cincuenta años de la muerte de Miguel de Unamuno, muerte que éste vivió anticipadamente de forma reiterada y que constituyó un tema fundamental de su obra teórica y literaria. Y siempre, en un caso como en el otro, bajo la forma de *su* muerte. Así lo recalca García Cabero en su trabajo sobre el *Diario íntimo*: «Cuando a lo largo de su creación literaria Unamuno escenifique la muerte, estará representando, en el fondo, su propia muerte». Esta muerte, importante para cada cual por *suya*, es el impulso fundamental de la producción unamuniana, movida –según expresión de Flecha Andrés en este volumen– por una «constante, obsesiva, machacona preocupación por la muerte, la vida y... [la] *pervivencia*».

Pervivencia que, por otra parte, puede ser *leída* como vida trascendente ligada a una verdad que no es la verdad lógica, sino «la que basta para dar seguridad a la conciencia». Pero esta seguridad sólo se alcanza, de acuerdo con el análisis de Martínez García, mediante la fe que conduce al «fundamento de esta verdad, que se llama «inmortalidad», [y] es Dios». Esta es una lectura filosófico–religiosa. Sin embargo, otras son posibles que no son ni la una ni la otra. Así interpreta J. Marbán el pensamiento de Unamuno, leyéndolo desde una perspectiva «antroposófica» característica de un saber «suspendido», relacionado con, pero al mismo tiempo diferente de, la filosofía y la religión. Leído de esta manera, Unamuno aparece como un pensador, no como un «ideólogo»: «porque no tuvo ideas, no quiso tener ideas. Buscó, pretendió pensamientos porque según nos dice, los pensamientos son el modo natural de vivirse que la vida consciente tiene». Pensador de pensamientos, además que, aun cuando no respondan a la representación común de la filosofía, se caracterizan, piensa M.^a Isabel Lafuente, como propios de «obras críticas de una forma de considerar la filosofía». Manera crítica de pensar que incluye la utilización «constructiva» de contradicciones, cuya lectura exige el uso de análisis paraconsistentes proporcionados por las nuevas corrientes lógicas, y

la referencia al lenguaje como marco que unifica al hombre carne y hueso y la historia de la humanidad.

Unamuno es tal vez uno de los candidatos más apropiados para hacer verdadero el dicho de que la filosofía que se profesa depende del hombre que se es. Para leer su pensamiento –filosófico o antroposófico o religioso– expresado en la letra de sus escritos, sería necesario poder «leer» al hombre Unamuno que, sin embargo, sólo puede ser «leído» en sus escritos –públicos o privados–, pero letra al fin y al cabo. Las lecturas de Unamuno discurren, pues, de la letra a la letra, letra que a la vez revela y oculta al hombre de carne y hueso que continuamente se escurre por los intersticios del entramado irregular que vincula significantes y significados: el entramado que, creía Foucault, abre el espacio del comentario. En ese espacio los autores que colaboran en este volumen, leyendo la letra, trazan, cada cual a su manera, *su* figura de Unamuno.